

Antonio de Ciudad Real

“De la visita que hizo el padre comisario hasta llegar a Guatemala”

p. 237-252

Antonio de Ciudad Real

Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes
Tomo I

Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreras
(edición, mapas, apéndices, glosarios, índices y estudio)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

274 + [CC] p.

Mapas

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 6)

ISBN 968-36-2810-9 (obra completa)

ISBN 968-36-2797-8 (tomo I)

Formato: PDF

Publicado en línea: 14 de junio de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156_01/tratado_curioso.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

robles y de otros árboles donde se saca el bálsamo; dase mucho ganado mayor y hay muchas estancias de vacas y yeguas, pero de ovejas muy pocas, que se crían mal en aquella tierra, y para comer los españoles carnero se lleva de México y llegan con ello hasta Zonzonate; cógese mucho trigo y cebada y danse y críanse todas las cosas que en la provincia de México, así de frutas de Castilla, como de la tierra, así venados y tigres, como otros animales y sabandijas ponzoñosas. Había en aquella provincia, demás de la cibdad de Guatemala, otras tres cibdades que son Chiapa de los Españoles, San Salvador y San Miguel, como adelante se dirá. Hay también algunos volcanes de fuego, como se verá a su tiempo, y tiene otra cosa más que la provincia de México, y es muchas heredades y huertas de cacao, de donde (como dicho es) se lleva mucha suma de aquella fruta y moneda a México y a toda la Nueva España. Las casas de los indios son casi todas hechas de adobes, cubiertas de paja, y aun en las tierras calientes son las paredes de palos embarrados, aunque también hay algunos con terrados y azoteas de tierra como lo de México; vístense los indios y las indias de aquella tierra casi de la misma manera que los de México, y si algunos difieren en algo, decirse ha en su lugar. Sin nuestros frailes hay también en aquella provincia dominicos y mercenarios, los cuales, con los clérigos, administran la doctrina y santos sacramentos a los naturales.

[CAPÍTULO XLIX]

De la visita que hizo el padre comisario hasta llegar a Guatemala

En la isla de la Teca en el pueblo de la Conxagua, como queda dicho, comenzó el padre comisario la visita de la provincia de Guatemala; allí visitó al guardián de Nacaome y sus compañeros, que eran dos, y les tuvo capítulo y les dejó consolados; no fue al convento que estaba en tierra firme, porque era demasiado trabajo y casi cierto el peligro, así del mar como de muchos y muy caudalosos ríos que se habían de pasar, donde forzosamente, aunque no hubiera riesgo y peligro, se había de detener muchos días, y importaba mucho llegar presto a Guatemala y era lo mesmo poco menos visitarlos allí en aquella isla donde había, como dicho es, dos pueblos, y en ellos casi cien indios, que visitarlos en Nacaome donde no hay sino cuarenta; los indios de aquella guardianía unos son mangues, otros ulúas y otros potones, y todos son pocos y caen en el obis-

pado de Guatemala. El convento es pequeño, de aposentos bajos; su vocación es de San Andrés y moraban en él tres religiosos como queda dicho; cae aquel pueblo menos de tres leguas del Mar del Sur en la ribera de un río caudaloso, por el cual sube la marea la legua y media; tiene este río muchos peces y muy buenos de todo género, y muchos y muy grandes caimanes, y está el pueblo siete leguas de la Chululteca, villa de españoles llamada por otro nombre Xerez; este convento se dejó en aquel capítulo y se dio a la custodia de Honduras que el padre comisario fundó.

Lunes en la tarde veintitrés de junio, víspera de San Juan Baptista, salió el padre comisario del pueblo de la Conxagua, y bajada aquella mala cuesta se embarcó con sus compañeros y con el guardián de Nacaome para ir a Amapal, pueblo de tierra firme; iban repartidos todos en otras tres canoas debajo de otros toldillos, y dejando embarcados en otra canoa a los compañeros del guardián para que fuesen a su casa por otra derrota, sacaron los indios nuestras canoas de puerto, y bajando con ellas toda la isla, pasado el otro puerto de la Teca, se apartaron della y se metieron por un golfo de mar muy alta de grandes y muy bravas olas, que subían las canoas a las nubes y las bajaban al abismo, con que casi todos los frailes se marearon y aun se vieron en no pequeño riesgo porque era el viento contrario y los pobres indios remeros se cansaban, no se pudiendo averiguar con él; finalmente, después de haber batallado con él gran parte de la tarde, habiéndole, con el favor de Dios, vencido, entraron en un puerto que llaman de Fonseca, que es de los mayores del mundo, donde todo estaba quieto, y dentro dél desembarcó el padre comisario junto al pueblo sobredicho de Amapal, seis leguas del puerto de la Conxagua, del obispado de Guatemala y de la guardianía de San Miguel, de indios potones. Estaban los vecinos aguardándole en la playa con chocolate, puestas sillas en que descansase con sus compañeros, y como todos iban fatigados del almareamiento, descansaron un poco a la sombra de un gran árbol y muy coposo, que lleva una fruta llamada manzanillas de la costa, porque parece a las manzanas de Castilla, [y] son pequeñas y con sus pepitas se purgan los españoles de aquella tierra; luego fue el padre comisario al pueblo, que está como un tiro de piedra de allí, del cual le salieron a recibir todos los indios e indias, puestos en procesión con una devoción extraña, y le hicieron mucha caridad, aunque a vueltas de esto no faltaron mosquitos que le fatigaron. Descansó allí aquella noche, en que llovió muy bien, y a la mañana martes día de San Juan Baptista, dijo misa al pueblo, la cual oyeron los vecinos y otros indios de los lugares comarcanos y unos españoles de una estancia, con que todos quedaron consolados. En ir el padre comisario por mar hasta aquel pueblo desde El Viejo, se libró de las ciénegas de Condega y Zomoto, y de las de Olomega y otras muchas

que en tiempo de aguas, como era aquél, son impasables; librése también de diez ríos caudalosos que aun en tiempo de seca se pasan con dificultad y peligro, y de algunos esteros y otros ríos no tan grandes. Navegó por mar veinticinco leguas, como queda dicho, más con todo esto no escapó de todas las ciénagas y ríos, que algunos quedaron, como adelante se dirá.

Martes veinticuatro de junio, después de misa y de haber comido, salió el padre comisario de Amapal dejando allí al guardián de Nacaome para que se volviese a su casa, y andadas dos leguas, gran parte dellas por camino muy ruin y pedregoso, junto de la costa del mar, llegó como entre la una y las dos de la tarde a un poblecillo llamado Tzirama, con un sol y calor tan recio que le forzó a detenerse allí un poco y descansar en la casa de la comunidad. Es aquel pueblo de siete vecinos, los cuatro hablan la lengua potona y los tres la ulúa; fueron antiguamente dos pueblos grandes y como se iban acabando se juntaron, mas con todo esto se van consumiendo cada día. Salió luego de aquel pueblo el padre comisario, y pasada una estancia y muchos barrizales y unas cuevas muy pedregosas, llegó a una barranca por la cual corre un riachuelo que entre año lleva muy poca agua, y yendo por la ladera de la barranca, el río arriba, en busca del vado, como dos tiros de ballesta antes de llegar a él, se vio venir la creciente y avenida tan alta y con tanto ímpetu y furia, entre peñas y peñascos, que ponía espanto verla y oír el ruido que traía. Por no llegar el padre comisario media hora antes se detuvo más de dos esperando a que pasase la creciente y menguase el río; menguó en aquellas dos horas más de vara y media, y así le pasó con trabajo y algún peligro. Prosiguiendo luego su viaje, subió muchas cuevas y sierras muy altas y ásperas, de caminos angostos y llenos de piedra, en que también había muchas ciénagas, y a puesta de sol llegó muy cansado a un bonito pueblo del obispado de Guatemala, de la guardianía de San Miguel (como también lo era el de Tzirama), de indios ulúas, llamado Omonleo, cuatro leguas del sobredicho de Tzirama; hiciéronle los indios buen recibimiento con mucha caridad y regalo, ayudándolos a ello el guardián de San Miguel que se halló allí aunque enfermo; detúvose en aquel pueblo el padre comisario aquella noche.

Miércoles veinticinco de junio salió de Omonleo de día claro, y aunque por huir de unas malas ciénagas rodeó gran trecho no le faltaron otras casi tan malas, y andadas tres leguas muy largas llegó a las diez del día a una estancia que llaman de Salaya, donde se detuvo a comer, y el dueño della le hizo mucha caridad y regalo; detúvose allí porque el río de Elenuaiquín venía muy crecido y no se podía vadear hasta que menguase; en aquellas tres leguas pasó el padre comisario algunos arroyos y dos ríos y muchas ciénagas, en una de las cuales cayó la bestia en que iba el difi-



nidor y le cogió una pierna debajo, pero él con la otra le dio dos o tres patadas con que la hizo levantar, y así no fue casi nada el mal que se hizo; en otra cayó el mulato de San Salvador, mas no se hizo otro daño sino embarrarse muy bien. Después de haber comido llegó un indio de Elenuaiquín, enviado de los principales del pueblo, con aviso de que el río iba menguando y que convenía pasarle luego porque en la tardanza había peligro, porque temían que había de tornar a crecer con lo que se decía haber llovido arriba en la sierra; oído esto, salió el padre comisario de aquella estancia, y pasadas otras dos y después unos malos pasos de demasiada agua y cieno, y andada una legua llegó al río sobredicho de Elenuaiquín o de San Miguel, donde a la una banda y a la otra halló muchos indios, así de aquel pueblo como de toda aquella comarca, que le estaban aguardando. Es aquel río muy caudaloso; críanse muchos y muy grandes lagartos o caimanes y hay entre ellos algunos tan grandes, viejos y antiguos, que (según lo contó al padre comisario una persona fidedigna que dijo haberlo visto) les nace yerba en los lomos y espaldas y crece como si fuese en tierra sobre el cieno que en ellas tienen. Cuando este río viene de avenida no parece ningún caimán porque todos se meten en sus cuevas para estar más seguros. Poco antes que este río entre en el Mar del Sur da un salto de más de veinte estados y por esta causa no puede subir el pescado por él.

Pasaron al padre comisario por aquel río, en una barbacoa o zarzo hecho de varas gruesas, ocho indios desnudos en cueros con solos unos pañetes, y llevaban el zarzo sobre los hombros y sobre las cabezas; y era mucho de ver y estimar su devoción, porque casi todos eran principales, y entre ellos iba un alcalde del pueblo y un don Lorenzo, cacique y principal de aquella guardianía, los cuales no sólo pasaron al padre comisario y al guardián de San Miguel y al difinidor, pero también pasaron en la misma barbacoa los mismos el hato y *chiquiuiles*, que son unos cajoncillos que llevan los indios a cuevas, hechos a posta y de propósito para este efecto. Fray Pedro de Sandoval, no haciendo caso del río ni de su corriente tan furiosa, sin aguardar guía se arrojó al agua con el caballo en que iba, al cual llevó el río un gran trecho y él estuvo muy a punto de caer y anegarse, porque se le desvenció la cabeza y (según después contaba), no sabía de sí ni dónde estaba. Echáronse muchos indios a nado para socorrerle y dióle por otra parte voces el padre comisario, que ya iba pasado, diciéndole que guiase el caballo hacia arriba y no mirase al agua sino a la tierra, y oídas y hecho lo que se le avisaba, llegó a la otra banda, aunque muy turbado y perdido el color. El secretario del padre comisario y el otro fraile, por no dar tanto trabajo a los indios, llevando guías pasaron a caballo el río sin lesión alguna, aunque la recia corriente los llevó algún



tanto tras sí, pero no fue nada. De allí al pueblo de Elenuaiquín hay menos de un cuarto de legua; recibieron en él los indios al padre comisario con mucha fiesta y regocijo y hiciéronle mucha caridad, que es gente muy devota, y ofreciéronle una botija de vino, y detúvose con ellos hasta otro día por la tarde.

Allí en aquel pueblo visitó el padre comisario al guardián de San Miguel y a su compañero y no fue a hacer esto al mismo pueblo de San Miguel porque estaba quemada la cibdad y convento y por esta causa andaban los frailes por los pueblos de la guardianía. La quema había sucedido la cuaresma pasada, día de San Gregorio, y había venido el fuego de una sabana o dehesa, a la cual le habían pegado, y sin poderle apagar ni atajar había entrado en la cibdad y abrasándola toda porque las casas eran de paja, de suerte que solas dos o tres que eran de teja se libraron del incendio, y con las demás se quemó también nuestro convento, que también era cubierto de paja, y aunque en él y en las otras hubo tiempo y lugar para librar las alhajas, ropa y hacienda. Los alcaldes y muchos vecinos por no verse en otra quema, porque según parece ya se había con aquella quemado la cibdad dos veces, tomaron las campanas y con ellas se fueron a poblar a otra parte; otros vecinos contradecían esta mudanza y así andaba entonces el pleito.

Pocos días después que sucedió aquel incendio, estando en una casa de paja (que se había escapado del fuego), una candela de sebo encendida puesta en un candelero, llegó a ella un gato y según contaron al padre comisario, la tomó con los dientes y se subió con ella sobre la paja, y a no hallarse allí algunos españoles que acudieron de presto al remedio se quemara la casa.

Hay en aquella guardianía, que toda cae junto al Mar del Sur, algunos puertos, así como el de Fonseca sobredicho, y otro que llaman de la Isla del Comendador; tienen muchos esteros con mucha suma de peces de muchas maneras; hay grandes ríos con muchos peces del mar y muchos y muy grandes caimanes, que en veces se han comido muchos indios e indias, y traen aquellos ríos tanta agua en tiempo de invierno que han ahogado a muchos españoles. Cógese por allí algún trigo detrás del volcán de San Miguel, a la banda del norte, y hay hacia la costa grandes cacauatales de que se saca mucho y muy buen cacao. También se hace en aquella guardianía mucho achiote y muy fino, que son unos panecillos colorados y medicinales que echan en los guisados y en el chocolate y aprovecha mucho para el mal de orina e ijada; es medicina cálida y así es más usada en tierra fría que en caliente; en México se estima y tiene en mucho. El árbol de donde se coge es mediano; lleva unos como erizos de castañas,

dentro de los cuales hay unos granos colorados, los cuales molidos y curados y hechos panecillos es el achiote sobredicho.

Hay también por toda aquella guardianaía muchas estancias de ganado mayor y otras cosas de que atrás queda dicho cuando se trató del volcán de San Miguel, a la ida del padre comisario a Nicaragua, cuando llegó a este mismo pueblo de Elenuaiquín, víspera de la Ascensión, en la noche.

Los indios de aquella guardianaía parte son potones y parte ulúas, pero entienden la lengua mexicana y en ella se les predica y ellos se confiesan, de más que hay un poblezuelo de indios mexicanos que hablan la lengua de México y llámase Los Mexicanos (como atrás queda dicho); esta guardianaía se dio después a la custodia de Honduras.

Jueves a la tarde, veintiséis de junio, salió el padre comisario del pueblo de Elenuaiquín, y andadas cinco leguas por el mismo camino que a la ida, en que se pasa aquel mal país junto al volcán de San Miguel, y dos o tres estancias, llegó con una hora de noche al pueblo de Xiriualtique, donde le recibieron los indios con cruces, puestos todos en procesión, con candelas blancas encendidas en las manos. Diéronle algunos ramilletes de flores de la tierra y hiciéronle mucha caridad; llevó aquella tarde el padre comisario muy buen tiempo y buen camino, que había días que no llovía por allí, pero fue muy grande la persecución de los mosquitos, que se querían entrar en los ojos y picaban todo cuanto hallaban descubierto.

Viernes veintisiete de junio salió de Xiriualtique entre las tres y las cuatro de la mañana, y andada legua y media de buen camino, llegó entre dos luces a la cibdad de San Miguel; fue por allí por ver el convento que se había quemado, y era gran lástima y compasión ver el estrago que el fuego había hecho en él; no quedó puerta ni umbral ni marco ni otro madero en toda la casa e iglesia que no se hiciese ceniza, y aun las paredes, que eran de tapias con algunas rafas de ladrillos y se habían ya quemado otra vez, quedaron tan maltratadas que (según decían los que entendían de obras), no se podía edificar sobre ellas; desta manera estaba todo el pueblo excepto las casas de teja, que eran pocas, y algunas otras pocas de paja, a las cuales no tocó el fuego. Moran en aquella cibdad de San Miguel como treinta españoles, y sin el volcán sobredicho, hay otro menor que dicen reventó en tiempos pasados y echó de sí gran cantidad de agua, el cual está cerca de la mesma cibdad a la banda del norte.

De San Miguel se partió luego el padre comisario en viendo el convento, y andadas tres leguas de camino razonable, llegó al pueblo llamado Xiquilisco, por donde también a la ida había pasado, y andada media legua llegó al otro llamado Aguacayo, donde también a la ida había estado una noche. En aquel pueblo le alcanzó aquel mismo día fray Pedro Salgado, el lego que había quedado en El viejo con las bestias, llevólas desherradas y des-

peadas de las muchas y malas ciénagas que había pasado con ellas, aunque vacías, y contó los peligros y trabajos en que se había visto para pasarlas, que no habían sido pocos.

Aquella misma tarde, veintisiete de junio, algo caído el sol, salió el padre comisario de Aguacayo, y pasados dos riachuelos y algunos barrancos, y andadas tres leguas largas, llegó cuando el sol se ponía al río de Lempa, y porque allí no había buen cómodo para dormir y hacía buena luna para poder caminar, determinó pasar el río y proseguir su viaje; entró luego en la barca y con él su secretario y otro fraile y el mulato y un indio que iba por guía, y metidas las bestias también en la misma barca, que era grande, comenzaron los indios que la llevaban a remar, y por ser no más de dos los remeros y venir el río muy crecido y furioso, fueron a salir con la barca muy abajo, donde había muy mal desembarcadero; el barquero echó fuera de la barca el caballo de la guía, el cual, aunque sacó las manos a tierra, no pudo en ninguna manera sacar los pies de un cenagal y atolladero muy hondo, donde los tenía tan pegados y clavados que no bastaron gritos ni palos ni ninguna industria para hacerle salir a tierra. El caballo del mulato de San Salvador, a esta sazón, se arrojó al agua por la otra banda de la barca y llegó a tierra, pero nunca pudo salir fuera por mucho que hizo y trabajó, y por mucho que le ayudaron como al otro; quiso finalmente probar ventura y subió sobre el de la guía, pareciéndole que por sus espaldas podría salir, y cayeron entrambos tan de golpe en el agua, que en un instante los cogió la corriente del río y se los llevó sin poderlos socorrer; entendiéndose que los largartos que allí hay harían presa en ellos. Visto el barquero lo que pasaba llevó la barca poco a poco el río arriba, tirando la sirga, hasta que llegó con ella al desembarcadero, por donde, aunque había algún cieno y barro, salió el padre comisario a tierra y con él sus dos compañeros y las otras bestias; los otros tres religiosos pasaron luego con el hato sin ningún daño. No había allí casa ni choza en qué dormir y era muy grande la guerra y batería que daban los mosquitos, con un calor insufrible, y por esto el padre comisario pasó adelante, guiándole el indio a pie y yendo el mulato asimesmo a pie, y andadas tres leguas en que se pasan un río y un arroyo y algunas cienaguillas y otros malos pasos de piedras, llegó cerca de las diez de la noche a un buen pueblo de indios mexicanos pipiles, llamado Tecoluca, del obispado de Guatemala; aposentó en su casa el beneficiado del mismo pueblo, clérigo muy honrado y devoto, y después de haber recibido colación y mucha caridad y regalo, descansó allí lo que quedaba de la noche, y no madrugó porque llovió mucho.

Sábado veintiocho de junio salió el padre comisario de aquel pueblo, salido ya el sol, y dejando el camino que va por Zacatecoluca, Nonoalco y



Olocuilta, que a la ida había llevado, porque ya no se podía bien andar por las muchas aguas tomó otro que va por la otra banda del volcán de Zacatecoluca, tierra más alta y más enjuta, y andadas tres leguas y pasados en ellas cinco arroyos y muchas cuestras, barrancas y pedregales, llegó a un pueblecito llamado Iztepec, de los mismos indios pipiles y del mismo obispado de Guatemala, visita de dominicos. Pasó de largo temiendo el aguacero de la tarde, y subidas muchas y muy altas cuestras y entre otras muchas barrancas que entre las cuestras se pasaron, una muy honda por la cual corría un riachuelo de agua muy fría y buena de beber, con la cual se refrescó el padre comisario y sus compañeros, aunque no habían almorzado; luego prosiguió su viaje, y hartó ya de subir cuestras y atravesar barrancas, llegó después de medio día muy cansado y fatigado y no con poco desmayo, a un buen pueblo de los mismos indios y obispado, llamado Cuxutepec, tres leguas largas de Iztepec, fundado sobre un cerro muy alto a la halda de otro más alto. Danse en él muchos y muy buenos membrillos, y habíalos por aquel tiempo maravillosos y maduros en los mismos árboles; los indios son muy devotos y andan bien tratados y tienen buenas casas a su modo. Hay en aquel pueblo un convento de Santo Domingo, en que residen dos religiosos; fue allá el padre comisario y no halló ninguno en casa, que andaban por los pueblos de la visita. Pero los indios le aposentaron dentro y le dieron a comer pescado e iguanas y membrillos, y un español que estaba allí, encomendero del pueblo, le envió una cajeta de conserva.

Toda aquella tierra es de muy poco jugo y menos substancia, arenisca y muy movediza, y así aunque esté bien aderezado el camino, en cayendo sobre él un aguacero se echa a perder, porque el agua roba la tierra y deja hechas unas barranquillas y hoyas muy bellacas para los caminantes, que no dejan andar las bestias sino con trabajo y aun a veces queda el camino cortado que no se puede pasar. En una destas barranquillas que tenía más de un gran estado de hondo cayó aquella mañana la bestia en que iba el padre comisario, que se le fueron los pies al tiempo que pasaba por una sendilla muy angosta, por la cual había ya pasado la guía; quedó empinada los pies en la hoya y las manos en lo alto, pero el padre comisario se halló de pies dentro de la hoya fuera de la mula, sin ningún daño, y la mula allí junto a él, que cierto pareció milagro, porque la hoya o poza era muy estrecha, que al parecer no cabía en ella aun la mula, la cual salió también sin daño ninguno.

Aquel mismo día a la tarde, después de haber comido y descansado un rato, pareciéndole al padre comisario que no quería llover, salió de Cuxutepec, y andadas tres leguas de cuestras abajo no tan malas como las otras que aquella mañana habían subido, llegó, como una hora andada de la



noche, a un pueblo pequeño de los mismos indios y obispado, visita de dominicos, llamado San Martín, donde los naturales le dieron colación y le hicieron mucha caridad. Cerca de aquel pueblo, a la banda del sur, estaba una laguna en que se pescan muchas y muy buenas mojarras. Al tiempo que el padre comisario bajaba aquellas cuestras puesto ya el sol, antes que fuese de noche, se oyó un grito y aullido terrible que a todos causó pavor y espanto, y tras aquél sonaron otros muchos muy lúgubres y tristes que duraron un gran rato; no dejaron de poner más miedo y espanto si por algunos de los que allí iban no se entendiera lo que era, porque luego cayeron en la cuenta de que eran aullidos de coyotes, que son, como queda dicho, como perros, y dicen que aullan de aquella manera cada noche cuando quieren ir a buscar caza y que lo mesmo hacen cuando a la madrugada vuelven de cazar; era tanta la grita y confusión de aullidos, que según ellos parecía haber más de treinta coyotes.

Domingo de mañana, veintinueve de junio, dejando en aquel lugar un religioso que dijese misa a los indios, salió el padre comisario de San Martín, y andada una legua pasó de largo por otro de los mismos indios, obispado y visita, llamado Xilopango, y andada otra pasó por otro llamado Tzoyapanga, también de los mismos indios, obispado y visita; y pasada después una barranca no muy sabrosa y un río de agua tibia que corre por ella, y andada otra legua llegó a decir misa temprano a la cibdad de San Salvador; saliéronle a recibir los alcaldes y otros españoles, los cuales le acompañaron hasta nuestro convento, donde se detuvo aquel día y el siguiente. Es la cibdad de San Salvador de ciento cincuenta vecinos españoles, las casas son de tapias cubiertas de tejas; hay en ella una iglesia en que residen los clérigos, y hay un convento de la orden de Santo Domingo que tenía siete u ocho frailes, y también hay un conventico de nuestra orden, acabado, de aposentos bajos, con su iglesia y claustro, todo asimesmo de tapia y cubierto de tejas, en que moraban tres religiosos; visitóle el padre comisario, y desde allí envió a Guatemala por camino derecho a fray Juan de Ocaña, a un negocio que se ofreció, porque él había de ir por Zonzonate que estaba a trasmano; la vocación de aquel convento es de San Antonio. En aquella provincia de San Salvador se cría mucho ganado mayor y hay pobladas muchas estancias dello; dase y beneficiase por allí el añil, que son unas matas naturales de aquella tierra, de las cuales cultivadas se saca mucha de aquella tinta hecha en unos panecillos cuadrados, no muy grandes ni muy gruesos. También en aquella comarca, como doce leguas de aquella cibdad, hacia la Mar del Sur, está la tierra del bálsamo, donde en unas montañas muy altas, y no menos calurosas, por estar entre otras muy más altas, se dan los árboles de aquel aceite y licor. Sácanlo los indios comúnmente de la manera siguiente: dan en el

árbol unas cuchilladas de alto a bajo y luego pónenle fuego al pie con que por ellas comienza a sudar, y luego péganle allí unos paños de lienzo y con el calor del fuego va sudando y vase empapando el sudor en los paños, los cuales echan después en una olla de agua donde cuecen al fuego hasta que se despide dellos el aceite y queda encima del agua y de allí la cogen y la echan en unos calabacillos y la traen a San Salvador y a Zonzonate a vender a los españoles; así contaron al padre comisario que sacaban el bálsamo común que se lleva a España y a otras muchas partes del mundo, licor suavísimo y muy medicinal. El fino y perfecto bálsamo le contaron que se sacaba de la semilla y fruta que llevan los mismos árboles, que es a manera de almendras, y que la tienen entre la corteza y cáscara, y que se saca con dificultad y trabajo una gota gruesa o dos de cada almendra. Sin los españoles sobredichos que hay en San Salvador, hay también muchos indios poblados con ellos alrededor del pueblo, los cuales, con los de las visitas que están a cargo de nuestros frailes, son mexicanos pipiles, excepto unos pocos que son achíes, pero hablan la lengua pipil; los unos y los otros, con la ciudad, caen en el obispado de Guatemala.

JULIO
1586 Martes primero de julio salió el padre comisario de madrugada de San Salvador, y andada una legua llegó a un pueblo de los mismos indios pipiles y del mismo obispado, visita de dominicos, llamado Cutzcatlán. Pasó de largo y andada

otra legua y media comenzó, ya que amanecía, a bajar una mala cuesta larga y empinada y muy llena de piedras y de malos pasos, muy trabajosos de bajar, pero al fin con el favor de Dios la bajó sin caer; yendo bajando aquella cuesta entró en una angostura de montaña muy alta que hacía muy oscuro el camino, y llegó a un arroyo, el cual, descendiendo por una quebrada de hacia la banda del sur, despeñándose por entre muchas piedras, viene a dar al mismo camino que llevaba el padre comisario, el cual fue caminando por la misma quebrada y arroyo abajo, espacio de una legua. A este paso llaman el Callejón de San Salvador, y con razón porque es tan angosto que por muchas partes apenas tiene tres varas de medir de ancho; por una banda y otra está naturalmente hecha una pared muy alta de riscos y peñascos con árboles altísimos que parece llegar al cielo. Dentro deste callejón baja, por la banda del norte, de lo alto de los riscos, un golpe de agua deslizándose por aquellas peñas con un ruido agradable y de mucho gusto y recreación y viene a juntarse con el arroyo sobredicho, el cual se pasa en aquella legua setenta y seis veces, por cuenta; alguna dellas se va por el agua y entre piedras casi un tiro de piedra y otras menos y otras no se hace más que atravesarle, de suerte que de aquella legua, la media se va por agua y la otra media por tierra entre muchas piedras. Suélese apartar y cegar el paso de aquel callejón

con los árboles que se caen, y no son menester muchos; otras veces se ciega con las muchas aguas, con los muchos palos, tierra y piedras que llevan, y entonces no hay pasar por allí, y así es menester enviar con tiempo a ver si hay algunos destes impedimentos, como lo hizo el padre comisario, porque si le hay tórnase para ir a Zonzonate otro camino por unas estancias, por el cual se rodean tres o cuatro leguas. Pasado, pues, aquel callejón, que (como dicho es) tiene una legua, dejando ir el arroyo hacia la banda del norte, subió el padre comisario una cuesta muy agra y de mal camino, después bajó una barranca muy profunda, y pasado un riachuelo que corre por ella llegó a un bonito pueblo de los mismos indios y obispado, visita de clérigos, llamado Atempan Ateo, legua y media de la salida del callejón. Junto a este pueblo hay otro de los mismos indios, obispado y visita, y en el uno y en el otro, que los llaman los Ateos, se hacen muy buenos *chicuitles* de caña; luego subió la barranca, la cual tenía muy malo, largo y penoso camino, y andada una legua larga dejó a la banda del sur, cerquita del camino, otro pueblo llamado Zacacoxoyo, de los mismos indios, visita y obispado; y bajada (sin entrar en él) otra mala y trabajosa cuesta y pasado un arroyo tres veces y subido otro buen pedazo de otra cuesta, llegó muy cansado y fatigado a las diez del día a otro buen pueblo de los mismos indios, obispado y visita, llamado Hueimoco, una legua de Zacacoxoyo. Estuvo allí muy indispuerto del demasiado caminar por tantas cuestras y por tan mal camino, el cual estaba tan embarazado y casi cerrado con yerba muy alta llena de rocío, que la bestia en que iba el padre comisario no podía andar, y él llegó hecho una sopa de agua y ni pudo comer ni aun descansar, pero detúvose allí hasta la tarde. Había en toda aquella tierra mucha langosta que destruía los maíces a los pobres indios, a los cuales era lástima verlos cuales andaban tras ella; ojeábanla y espantábanla con grandes gritos y voces y otras invenciones, y para matar la pequeña, que no podía volar, hacían unas zanjas y hoyos en que se cayera y muriese, mas con todas estas diligencias no se podían valer con ella, que los asolaba las milpas.

El mismo día a las cuatro de la tarde salió el padre comisario de aquel pueblo, y acabada de subir la cuesta, la cual no era muy alta, bajó otra, y pasados en lo bajo dos arroyos y una estancia, llegó cuando se ponía el sol a otra, dos leguas de Hueimoco. Pasó de largo, y pasadas algunas cuestras y reventones de pedregales, y un arroyuelo, y andadas otras dos leguas, llegó algo noche a un pueblo grande de los mismos indios, obispado y visita, llamado Izalco, en el cual había una iglesia muy grande que tenía las paredes de tapias y la cubierta de paja, pero la portada y delantera era de cantería muy labrada, sumptuosa y soberbia, mas con la iglesia de paja no decía muy bien; de aquel pueblo y de los comarcanos,

que llaman los Izalcos, se saca cada año gran suma de cargas de cacao, porque es tierra muy rica y fértil de aquella fruta y moneda. Por hacer luna pasó adelante el padre comisario, y bajada una cuesta y pasado un arroyo y un buen río y una estancia grande, donde habitan muchos negros, y más adelante otro río mayor y después un barrio de los indios mexicanos que ayudaron a los españoles a la conquista de aquella tierra, llegó a las diez de la noche al pueblo y convento de Zonzonate, una legua de Izalco y doce de San Salvador, donde (aunque tan tarde) fue recibido de los frailes con música de trompetas y campanas; llegó muy cansado de tan larga jornada y de tan mal camino, y desto y del demasiado sereno de aquella madrugada y noche, estuvo indispuerto y medio resfriado; detúvose allí hasta el viernes siguiente y visitó los frailes que eran cinco. El convento se iba haciendo de adobes y tapias y teja, y de aposentos bajos; tiene unos pocos de indios pipiles de visita; todos caen en el obispado de Guatemala. Sin nuestro convento, cuya advocación es de la Concepción de Nuestra Señora, hay otro de la orden de Santo Domingo; fue el prior a ver al padre comisario, y lo mesmo hizo el alcalde mayor y gente principal del pueblo. Hay también iglesia parroquial de clérigos en que de ordinario residen dos curas.

Llámase aquel pueblo en lengua mexicana Zenzónatl, que quiere decir “cuatrocientas aguas”, porque por allí hay muchos arroyos y fuentes y ríos, y corrupto el vocablo le llaman Zonzonate; es villa de españoles y llámase la Trinidad. Tenía ciento y treinta vecinos, todos mercaderes y tratantes, gente muy devota de nuestro estado; las casas son de tapias y adobes, cubiertas de teja; está fundada aquella villa en la halda de unas sierras muy altas, casi al pie dellas, tres leguas del Mar del Sur, donde hay una playa poco segura, a donde acuden a tomar refresco los navíos que van y vienen del Pirú y de la Nueva España, y a embarcar cacao que se saca de los Izalcos sobredichos, acude allí mucho bálsamo, y trueno mucho en aquel pueblo y caen muchos rayos.

Viernes cuatro de julio salió el padre comisario, después de comer, de aquel pueblo, y andada una legua llegó a otro pequeño de los mesmos indios y obispado, visita de dominicos, llamado Nauizalco; y dicen que se llama así porque antiguamente tenía cuatro veces tantos indios como el pueblo grande sobredicho de Izalco, pero ya no llegaban a doscientos. Pasó de largo el padre comisario y andada otra legua llegó a otro poblecito de los mesmos indios y obispado, y de la guardianía de Zonzonate, llamado Quetzalcatitlán; saliéronle los indios a recibir con cruz y música de trompetas, y habiéndoselos agradecido pasó adelante y andada otra legua llegó a otro bonito pueblo de los mesmos indios y obispado y de la mesma guardianía, llamado Apanega, donde se le hizo muy solemne recibimiento

y mucha caridad, que es gente muy devota. Aquellas tres leguas que hay desde Zonzonate a Apanega son todas cuesta arriba y estaban a la sazón los caminos tan malos, llenos de pozas y barranquillas hechas de la demasiada agua que las dos noches pasadas había llovido, que con grandísimo trabajo, y aun peligro, se podían andar; iban las bestias dando traspíes y haciendo cruzados, y muchas veces se detenían porque les parecía que no había por dónde pasar, según estaba el camino. Pero el Señor proveyó en esta necesidad, como en otras, de su misericordia, y todas se pasaron y ninguno peligró ni se hizo mal ninguno. En lo más alto de aquella cuesta, de lo que se camina, está el sobredicho pueblo de Apanega en un llano que allí hay, cercado casi por todas partes de muchos cerros, que aunque es tierra fría por estar tan alta tiene tal temple que se dan en ella duraznos, naranjas, anonas, guayabas y aguacates y otras frutas de tierra caliente.

Sábado cinco de julio salió el padre comisario de día claro de Apanega, y andada una legua llegó a un bonito pueblo llamado Ataco, de los mismos indios y obispado, visita de clérigos. Pasó de largo, y andadas otras dos leguas, y en ellas pasado un buen arroyo con que los indios riegan sus cauaatales, llegó al pueblo de Auachapa, donde a la ida había estado una noche; halló allí al mismo clérigo, el cual, así como a la ida, le recibió muy bien y le dio de comer con mucho amor y devoción; el camino de aquella bajada estaba peor que el de la subida del día antes, porque estaba más llovido y la cuesta más empinada; había muchos barrizales y deslizaderos en que resbalaban las cabalgaduras, y van así resbalando un gran trecho con pies y manos, sin poderse ni poderlas detener, y no fue pequeña dicha que ninguna cayese. Aquel mismo día, después de comer, ya tarde, salió el padre comisario de aquel pueblo, y andadas tres leguas por el mismo camino que a la ida había llevado, llegó al río grande que llaman de Auachapa. Pasóle por el vado, aunque iba algo hondo y muy ancho, porque puente no tenía ninguna, y andada otra media legua llegó a una estancia de un español, donde por ser ya tarde e ir muy cansado se quedó aquella noche, la cual pasó con grandísima persecución de mosquitos, los cuales con la mala cama y el mucho ruido y bramidos del ganado no le dejaron dormir ni aun sosegar.

Domingo seis de julio de madrugada, pasados muchos aguaceros salió el padre comisario de aquella estancia, halló todo el camino muy malo, lleno de ciénagas, barro y agua, de lo mucho que había llovido aquella noche y los días atrás; la mala cuesta que como atrás se dijo se llama el Melonar del Obispo, estaba pestilencial, porque no se señalaba ni parecía el camino según estaba cubierto de piedras, y aun entre éstas había grandes atolladeros de donde con mucho trabajo podían salir las cabalgaduras. En uno de estos cayó una, y no se pudo levantar hasta que el fraile que

iba en ella se apeó. Después del Melonar hay otra cuesta no tan larga, ni de tantas ni tan grandes piedras, que se podía decir cohombreal. Pasada la una y la otra y muchos arroyos que había hecho el agua que había llovido, y andadas dos leguas y media, llegó el padre comisario al amanecer a Xalpatláuac, poblecillo pequeño donde a la ida había estado una noche; luego en llegando hizo tañer a misa, y juntos los indios y algunos españoles pasajeros se la dijo uno de los compañeros, y él con los demás la oyeron. Dicha la misa, luego sin más detenerse salió el padre comisario de aquel pueblo en prosecución de su viaje, y pasadas muchas y muy malas ciénagas, con algunas barrancas, y arroyos sin cuento, llevando continua guerra con unos mosquitos penosísimos y muy importunos que se entraban en los ojos, y andadas tres leguas y media, llegó muy cansado y caluroso a una estancia de un espoñol, en la cual había algunos negros e indios; allí pasó la siesta y comió lo que sus compañeros llevaban, que el clérigo de Auachapa les había dado, que en la estancia apenas había agua; pero todo fue con zozobra y persecución de mosquitos muy grande, que con grandísima crueldad chupaban y se llevaban la sangre.

En acabando de comer salió el padre comisario de aquella estancia tan cansado como en ella había entrado, llenas las piernas, manos y rostro de picaduras de mosquitos, y caminando para el pueblo de Los Esclavos, pasados cuatro o cinco arroyos, comenzó a subir la cuesta con un calor y bochorno excesivo; es muy larga y alta aquella cuesta, y antes de llegar a la mitad sobrevino un recio aguacero, y luego otro y tras aquél otro y otros, con que se hizo una sopa de agua y el camino se puso de tal suerte que con grandísimo trabajo y peligro se podía andar; subió con mucho tiento lo que restaba de la cuesta, y bajada ésta, muy poco a poco, llegó al callejón por donde corre el arroyo que se pasa nueve veces (como atrás queda dicho), luego subió y bajó la otra cuesta que no es de las más pequeñas ni menos peligrosa, por ser de camino muy resbaloso, y atravesados unos llanos que estaban hechos lagunas, llegó puesto ya el sol al poblecillo de Los Esclavos, tres leguas y media de la estancia donde había comido, y siete de Xalpatláuac, tan mojado y quebrantado que no pudo en toda la noche dormir ni sosegar. Recogióse en la venta como a la ida, y desde allí envió un indio a caballo con teas encendidas a buscar un fraile que se había quedado atrás y no acababa de llegar; fue el indio y hallóle en el callejón sobre-dicho, que andaba perdido, o por mejor decir se estaba quedo sin saber por dónde echar, porque la oscuridad de la noche era muy grande y el camino era muy malo y estaba lleno de agua y espesura de árboles; guióle y llegó con él a Los Esclavos después de media noche; iba el pobre muy mojado y medio helado; hicieronle lumbre para que se ca-

lentase, con lo cual y prestarle una túnica enjuta pudo llegar a Guatemala, para donde iba desde Zonzonate, donde le halló el padre comisario.

Lunes siete de julio salió el padre comisario de aquella venta después de salir el sol, que no se atrevió a madrugar por causa del río de Los Esclavos, que tiene mal paso, aun para de día, y temiendo también su creciente por lo mucho que la tarde antes había llovido; fue con él el ventero, que era un español muy devoto, y llegados al río le vadeó el español con su caballo, y visto que se podía pasar, volvió a atravesarle, y guiando él le pasó el padre comisario con sus compañeros, sin ningún daño, aunque con grande miedo y recelo por su furiosa corriente; volvióse el ventero a su casa, y prosiguiendo el padre comisario su viaje por el mismo camino que a la ida, llegó a mediodía a la venta del Cerro Redondo, cuatro leguas y media de Los Esclavos, habiendo pasado tres arroyos y un mal país; detúvose allí a comer espacio de una hora, y sin más aguardar volvió a su tarea, y andadas tres leguas y media, en que se pasan dos riachuelos y algunas cenaguillas y las barrancas de Petapa, llegó cuando tañían al avermaría, al mismo pueblo de Petapa, donde en el convento de los dominicos fue muy bien recibido con música de campanas, y ellos y los indios le hicieron mucha fiesta y caridad; halló allí dos frailes nuestros que desde Guatemala le iban a recibir.

Las tres barrancas sobredichas estaban tales que se tuvo por gran cosa poderlas el padre comisario pasar, porque demás de tener las subidas y las bajadas muy altas y empinadas, estaban muy llovidas y actualmente llovía en ellas, y así padeció mucho trabajo el padre comisario en pasarlas; iba tan mojado y por camino tan pestilencial y con tiempo tan lluvioso, que quien entonces le viera no pudiera dejar de tenerle compasión, por más duro corazón que fuera el suyo. En aquellas cuestas y casi por todo aquel camino hay en muchas partes unas escaleras a manera de surcos o camellones de eras, los cuales hacen las harrias con la fuerza y carga que llevan, y aun suélenlos hacer en las mismas piedras con la fuerza y continuación; y a las harrias hacen provecho estos escalones o surcos, porque en ellos se van teniendo y afirmando para no caer. Pero las bestias que no son de carga pasan mal por ellos, porque en discrepando tantico, tropiezan en aquellos surcos y dan de hocicos, o a lo menos van haciendo cruzados, atormentando al que llevan encima, mas si aciertan a tomar la carretilla de los escalones van muy bien y sin pesadumbre; destos pasos hubo muchos aquella tarde por aquellas cuestas y por aquellos llanos, y como había llovido tanto estaban en algunas partes llenos y cubiertos de agua, y como no se vía



el peligro, pensando que estaba llano daban las bestias muchos tropezones, pero ninguna cayó.

Martes ocho de julio salió el padre comisario de Petapa de madrugada, y andadas cinco leguas por el mismo camino que a la ida había llevado, llegó a la cibdad de Guatemala, y entró en nuestro convento a las ocho y media de la mañana; fue recibido con mucho contento y alegría de todos los frailes, y detúvose con ellos hasta el viernes siguiente, en el cual se leyó en aquel convento la patente de la visita de la provincia, y se despachó luego a los demás que quedaban por visitar, señalándoles el capítulo para el día de San Laurencio diez de agosto.

[CAPÍTULO L]

De la cibdad y valle de Guatemala y de algunos volcanes de aquella tierra y cosas notables dellos

Es la cibdad de Guatemala de mediana población de españoles, menor que la Puebla de los Ángeles que es en el obispado de Tlaxcalla. En una reseña y alarde que allí se hizo, recién llegado el padre comisario de México a Guatemala, salieron más de seiscientos hombres de a pie, y más de doscientos de a caballo; hay en aquella cibdad mucha gente noble, aunque no muy rica, y todos son devotísimos de nuestro estado, y las casas son de tapias con algunas rafas de ladrillo y piedra y cal, y tiénenlas cubiertas de tejas; está fundada en un valle de casi tres leguas de largo y de ancho legua y media por donde más ancho es; hay en aquella cibdad Audiencia real, un presidente y cuatro oidores, y a veces no más de tres y otras veces dos. Caen en su distrito cuatro obispados que son el de Guatemala, el de Chiapa, el de Honduras y el de Nicaragua, y cuatro gobernaciones, conviene a saber: la de Xoconusco, la de Honduras, la de Nicaragua y la de Costa Rica. En aquella cibdad de Guatemala, que se llama Santiago, reside y tiene su silla el obispo, hay iglesia catedral con algunas dignidades, y hay un convento de monjas de la Concepción sujetas al ordinario, y tres de frailes, el uno de la orden de Santo Domingo, el otro de la Merced y otro de la nuestra, el cual es muy antiguo y es el primero que allí se fundó; era hecho de sola tierra y íbase cayendo por una parte y por otra le iban derribando porque se hace otro muy bueno de tapiería con muchas rafas de cal, piedra y ladrillo; la capilla de la iglesia iba muy fuerte y curiosa, cubierta de bóveda de ladri-